

El sacerdote que yo busco

Hans Urs Von Balthasar

1

QUIEN está enfermo va al médico; quien desea hacer testamento acude a un abogado, a un experto. Pero ¿existe un experto de las relaciones de Dios para conmigo? En su libre donación a un hombre Dios no está sometido a ninguna ley. Ni el sociólogo ni el psicólogo tienen aquí nada que hacer; en el mejor de los casos su objeto es la relación, digamos religiosa, del género humano con algo denominado Absoluto. Incluso yo, este ser único, a quien el Dios único se dona, tampoco estoy sometido a ninguna ley general. De este modo en mi relación con Dios, relación que se debe ajustar a la de Dios para conmigo, yo estoy solo; ningún otro la entiende, ningún otro puede explicarla o hacer de intermediario. Como cada uno muere solo, así también en última instancia ora solo, debe entrar en la "recámara" ante su Padre del cielo, y entender y seguir la Voluntad de Dios sobre él, precisamente sobre él. Allí ningún otro puede entrar por él.

La Palabra de Dios se ha hecho carne en Jesucristo y encuentra al hombre: al ciego, al cojo, al sordo. Siempre como la Palabra única. El mandato del seguimiento se dirige a Mateo el Publicano, no a los demás que están sentados a su lado. Ninguna ley socio-psicológica regula el comportamiento de Jesús o de los hombres a los que él ha llamado, en cuanto que ellos renunciaron a su libre, único derecho. Cuando estos llamados contemplan las normales leyes del comportamiento humano —despedirse de la familia, enterrar al padre etc.— éste se muestra como falso, no tiene validez

para ellos. Yo no puedo de tal manera poner la Palabra de Dios a mi nivel y al nivel de la famosa "situación concreta", que resulte de ambos un paralelogramo de fuerzas.

Jesús, la Palabra de Dios para mí, me viene al encuentro en la Iglesia, que guarda su Palabra, como algo diariamente viviente, en la predicación y en el sacramento. (Ambos se escuchan cuando el sacerdote me dice: "ego te absolvo a peccatis tuis"). Viene a mi encuentro en la Iglesia, en cuya comunidad puedo tener la seguridad de que la Palabra de Dios no llega a mis oídos desde un pasado lejano, sino tan cercana, tan cautivadora y luminosa, como que yo existo aquí y ahora. Pero ¿no estará la Iglesia retornando, tal vez a partir de su propia experiencia socio-psicológica de siglos, a una nueva ley, que en su interpretación de la única Voluntad de Dios para mí, se coloca entre Dios y yo? "En este y este caso Dios suele pensar así y así". En tal caso tanto Dios como yo ingresaríamos en el anonimato, y obviamente yo debería abandonar tal Iglesia para encontrar mi propio destino.

Pero quede claro esto. Si la Iglesia como "Ecclesia" es la comunidad de los llamados, si a ella se le han confiado la Palabra de Dios y las llaves del Reino de los Cielos, si a ella Dios Padre y Jesucristo envían el Espíritu Santo, que es Dios único con el Padre y el Hijo, y que nos interpreta originariamente la Voluntad del Padre en el Hijo, ¿cómo podría yo no referirme a la Iglesia, si procuro poner mi vida entera bajo la Verdad del Dios viviente? Ahora bien, ¿qué Iglesia? ¿Quién en la Iglesia me puede ayudar? Yo soy un miembro de la Iglesia, sin embargo no puedo reclamar para mí al Espíritu Santo en su plenitud eclesial ni señalarme a mí valientemente como un "buen cristiano" que vive cerca del corazón de la Iglesia y comulga por ósmosis con la más profunda comprensión de sí misma. Yo sé muy bien, si soy honrado, qué lejos estoy de las exigencias de Dios y con cuánto gusto desearía yo apartar estas exigencias de mi nivel confortablemente burgués, que se desintegra con el pecado, y dejar la última palabra a la sociología religiosa contra mi más profunda esencia: "Los hombres son siempre igual", "visto en conjunto y teniendo en cuenta mis aptitudes, no se me puede pedir más".

2

¡Qué difícil y de fácil extravío aparece, de lo hasta aquí dicho, la situación de quien busca ayuda! Aquello a lo que aspiro

¿puede ser satisfecho por un hombre? El debería facilitar mi relación personal con Dios sin disolverla en generalidades profanas. Debería además saber, a partir de su propia relación con Dios de carácter único, qué cosa es tal unicidad; a la vez estar dotado de misión y autoridad, conocer en el Espíritu Santo esta relación de Dios con los demás y poder darles las correspondientes orientaciones. Misión y autoridad de Dios, unidas a la experiencia del Espíritu: esto debería darle la facultad de exigirme, no para sí sino para Dios y para mí, lo que yo mismo no me atrevo a exigirme.

El sacerdote que yo busco debería tener esta primera propiedad. Pues un sacerdote debería ser un mandatario y plenipotenciario de lo alto, de Cristo, para mostrarme la Palabra de Dios hecha carne, de modo que yo pueda estar seguro de que no dispongo de ella para mí mismo, que no he de mutilarla de antemano con la psicología, la exégesis o la mitización, y así no pueda atestiguar en mí lo que conviene. Y de modo que no pueda escaparme de sus exigencias, porque ellas me salen al encuentro en la concreción de la autoridad eclesial, que en su servicio actualiza la concreción de lo divino. Pero no basta con que alguien inexorablemente me sitúe ante las exigencias de la Palabra, para dejarme allí instalado. Pues puede ser que incluso yo solo haya llegado frente a tales exigencias. El me debe también ayudar a resistir, a no escapar, cuando junto a mí persevera con un amor inexorable. Con un amor terrible que siempre me dice: "Esto es lo que tú propiamente quieres". Con un amor que se agradece en profundidad, porque no es sustituible con nada absolutamente. Un amor así equivale en ciertos momentos al ángel en el Huerto de los Olivos, que nos fortalece en nuestra soledad con Dios. La fuerza, con la que este hombre lo hace, radica en su misión (tiene en sí la fuerza y la inexorabilidad de Dios), pero igualmente en su propia fuerza, que ha ido acrecentando en su soledad con Dios. El puede al mismo tiempo, desde la misión y desde la experiencia, encarnar la inexorabilidad y el amor que se da en la Voluntad de Dios, de modo que no quiera ni pueda ya más apartarse de ella.

Si le faltara la experiencia, no podría entonces anunciar en forma creíble, ni siquiera desde el púlpito, la Palabra de Dios. Sería a lo sumo un eco sin vida de aquello que otros (por ejemplo Pablo) han proclamado durante su existencia respecto a la Palabra divina. Menos aún podría él acompañar existencialmente a un creyente en su confrontación existencial con la Palabra de Dios y sostenerlo en la misma. "Si le faltara la experiencia...", entonces la palabra "especialista" se abriría paso a codazos y debería por tanto ser rechazada. En efecto, en una "individualidad" no cabe

ninguna especialidad, ninguna clasificación. La misma palabra "ciencia" debe ser evitada. A lo sumo puede hablarse de una cierta "sabiduría", que el Espíritu Santo concede a quienes están familiarizados con su "soplar donde quiere". Han sido, es verdad, redactadas "reglas para el discernimiento de los espíritus" y se ha hablado de una "ciencia de lo sagrado". Tales reglas, sin embargo, si son auténticas y utilizables, son dadas en una experiencia personal dentro de la Iglesia; y tal "ciencia" es considerada como uno de los siete dones del Espíritu Santo y, por ello, sólo transmisible y comprensible para aquellos que se esfuerzan en la oración y en la realidad de la vida por entrar en el ámbito del Espíritu.

3

Este es el papel de quien en la Iglesia asume la misión de proclamar oficialmente la Palabra de Dios, que es Jesucristo: no poner ante los ojos de ningún individuo otro camino, actuar en consecuencia con el camino emprendido y perseverar en él hasta la donación completa de su existencia a esta misión. Debe identificarse con ella. Esto han hecho los apóstoles ante la llamada de Jesús, cuando han dejado todo para seguirlo, no sólo los bienes y la casa paterna, sino también esposa e hijos. Naturalmente el abandono de los bienes materiales para entregar su vida a la Palabra de Dios es sólo un punto de partida. Como criterio para "el sacerdote que yo busco" ha de ser el primero, si este primer paso viene a ser una forma de vida permanente. A los ojos del mundo es y será una cosa sin sentido, carente de explicación sociológica. Y si se pretendiera cimentar tal explicación eclesialmente, a partir del paganismo o del judaísmo, no quedaría sin interrogantes. En cada época esa forma de vida debe contar con el hecho de ser apresada por la organización de la sociedad. Aquí —como en ningún otro lugar— vale la palabra de Agustín *"Quien pone su vida en Cristo, no la pone en pie, sino que la cuelga o la pone sobre él"*. Y solamente por Dios en Cristo puede garantizarse que "el que pierde todo por amor de mí y del Evangelio", no cae en el vacío hasta el fondo inconscientemente, sino que (colgando) su incomprensible existencia continuará progresando. Que un tal individuo no pueda tener ninguna "evidencia" está claro; él ha renunciado a aclararse para ser únicamente aclarado por Dios. Él no se "rige a sí mismo", se deja guiar por Dios que le conoce y le dirige. El sacerdote que yo busco es como el hombre que ha renunciado a su autocomprensión y que puede llegar a ser para mí con su existencia Palabra y

luz de Dios. La entrega de la existencia con su auto-resplandor, solamente ella, garantiza el valor esencial que permite ser permeable a una luz diversa de la propia y difundir algo que no interesa al destinatario, en lo que no reflexiona y que no cultiva. El fuego que inflama al humilde es el del amor a Dios y a su Palabra encarnada: este fuego tiene su foco no en sí, sino en aquello que ama y que es atizado con el pensamiento de que el amor, Dios, non es amado en el mundo, de que se le desprecia o de que se escandalizan de su debilidad. "¿Quién se escandaliza sin que yo me abra-se?" Humildad y celo crecen juntos.

El sacerdote humilde no intentará poner ante mí otra cosa que la Palabra de Dios para mí; el celoso no tolerará que yo ante la Palabra de Dios me dé la vuelta. Él se pone de mi parte y yo puedo reprocharle ser importuno (importuna e insistente en verdad es sólo la Palabra de Dios misma). Cuando yo encuentro al sacerdote que buscaba, no puedo reprocharle que me salga al encuentro con una seguridad que no es propia de un hombre. Si él tuviera que manifestar alguna duda sobre la dirección que tal vez lleva mi camino hacia Dios, tendría que dejarme a mí y a mi conciencia personal analizar esa duda, aceptarla o rechazarla. Su misión no le permite ninguna falsa decisión, estando claro que él ha puesto su existencia en su autoridad. En otro caso representará la autoridad de la Iglesia sólo parcial y poco claramente. Si la transparencia y donación nacen del diálogo con Dios, de la humildad en el darse, entonces puede también suceder el milagro: que emane de Dios en el Espíritu de la Iglesia la auténtica orientación que yo, por más inconfortable que ella sea, no deberé desatender. La gracia de la seguridad es solamente otorgada a las personas sencillas. Ha de ser alegre con los alegres, triste con los tristes, pero en modo alguno se le permite dudar por solidaridad con los que oscilan y están inseguros. Su experiencia con Dios le ha enseñado qué tipo de oscuridad es en la que se puede no sólo ir a tientas a lo largo de las paredes, sino también retroceder un poco en medio de las tinieblas y estar dando vueltas a tientas en el vacío: tal experiencia le es concedida al sacerdote para que pueda con humildad pero con energía sostener al hermano.

4

Se acaba de hablar de un milagro. Que un sacerdote tenga éxito es siempre un milagro de la gracia. Con frecuencia sucede que las Iglesias han de sufrir los fracasos de sacerdotes. Son

demasiados los que desde la cátedra o el púlpito se imaginan ser luz. Se debe huir de ellos. Hablan de Dios, pero piensan en su interior que Dios no aparece por ningún lado. Da lo mismo que ellos lo consideren vivo o muerto, que declaren conocerlo poco o mucho. Están los otros que inventan métodos para atraerse la atención de la gente, tienen problemas de lenguaje y piensan que, si la gente les escuchara hablar de Dios en el lenguaje mundano, prestarían de nuevo atención y lograrían entender algo: un milagro de pentecostés manipulado, por así decir. Son admirados por los que están en su línea, pero despreciados por aquellos que desean conquistar. No tienen nada que decirles. Están los desertores, que habían sido llamados al estilo de vida de Jesucristo, pero temieron no encontrar acogida entre los hombres, hicieron un cortocircuito y dejaron que se hundiera el amor a Dios en el amor al prójimo. De esta manera no tienen nada que anunciar ni poseen misión alguna para exigir de los hombres algo distinto de lo que ellos ya han decidido en su conciencia. Ellos se pierden en el anonimato de lo "humano". Y están finalmente los azorados, que sostienen cada vez más las formas heredadas y se apegan a los restos del pasado. Saben ciertamente que el Espíritu se encarna en formas históricas, pero no poseen la libertad de dejarse llevar a donde Él quiere y lo confunden con las formas. Con sus antítesis dan razón a las tesis que los rebasan.

El milagro que se busca no es otra cosa que la santidad: de un hombre que ha venido a ser en Dios tan insignificante que para él ya sólo cuenta Dios. Lo que él es ya no interesa para nada. Por eso es tan diario y cercano como un pan, del que todos pueden tomar un pedazo. El modo como él se reparte se convierte en el modo como la Palabra de Dios se divide en pan y en vino. Un sacerdote así sabe también cómo se viola la Palabra de Dios y cómo se interpreta. Él no me enviará a casa de regreso, desde el desierto, como los predicadores de hoy, con una indigesta provisión de frases sobre la apertura de la Iglesia al mundo. ¿Qué he de dar yo a los hambrientos sino pan? Pero ¿de dónde lo tomo si nadie me lo ofrece? ¿Cómo puede la Iglesia salir afuera, si en su interior no tiene nada para vender? ¿O arroja fuera de sí la inseguridad de su propia identidad, porque ya no tiene ninguna experiencia de lo que constituye su interioridad? Esta interioridad no es ella misma (la Iglesia no puede reflejarse a sí misma), sino Cristo, su Cabeza y su Alma, mediante el cual Dios Trino le está presente.

En tiempos pasados había monjes tanto en Oriente como en Occidente: en Athos, en Claraval, en Ranft, en Kiev y en Optina. Ellos experimentaron y conocieron. Ellos dieron orienta-

ciones. Su luz era el Pan. Ellos vinieron de lejos hacia dentro hasta el umbral, donde su experiencia se cuajaba en la Palabra donada. Tal vez una tal separación no sea indispensable para conocer la interioridad, pues a través de los espacios interhumanos sopla suficiente soledad. Su vacío no se llena por sí mismo con un contenido valioso. En el vacío sin esperanza de un corazón humano encuentro el santo misterio de la pobreza divina sólo si lo he buscado, si lo llevo conmigo y me ha sido revelado. De lo contrario un vacío encuentra a otro, y la Palabra no se mantiene a flote, se va a pique fofa y desamparada.

En el pueblo se llama a los sacerdotes los "espirituales". En griego son los "pneumáticos"; una palabra con la cual se designó también a los monjes. En la Iglesia Ortodoxa el monacato durante siglos ha dado los candidatos para los más altos rangos de la jerarquía. Hombres "espirituales" son aquellos que tienen la experiencia del Espíritu Santo y por ello pueden reconocer y avivar en mí, en nosotros, la llama del Espíritu escondido, desconocido y no liberado. ¡Qué pocos hombres de éstos ha habido! ¿Se puede uno contentar con sustituciones del Espíritu? Una sustitución la ofrece ante todo la psicología (esto no quiere decir que un buen y valioso psicólogo no pueda ser penetrado por el Espíritu Santo), pero su objeto son las leyes generales de la "psyche" humana. El Espíritu, al contrario, va siempre al individuo. El hombre "espiritual" ha de dejar trabajar en él al Espíritu Santo para que descubra las necesidades de un hombre único que está ante él. Y esto no por la acción de las fuerzas mediadoras, sino por el sacerdote que busco, abierto a la gracia del Dios vivo, que me ofrece en la libertad su palabra de amor, bondadosa y fuerte.

Nosotros no olvidamos la gracia sacramental del ministerio sacerdotal. Ella ayuda para el desasimiento, pero no lo sustituye. Si el consagrado no se abre a ella, es marcado por ella negativamente. Hay un tipo especial de pérdida del Espíritu que sólo puede reclamar el sacerdote fallido, necio, astuto, inquieto y pesado. Quiere ser escuchado, aprieta los botones de las computadoras. Yace como el maná sobre los campos de la Iglesia actual. Tal vez sólo la necesidad enseñe a rezar de nuevo a los "espirituales". Pidamos nosotros entretanto por ellos.

HANS URS VON BALTHASAR

(Traducción: Antonio Izquierdo)

Nació en 1905 en Lucerna. Graduado en Letras y Teología. El volumen de sus escritos es ingente, no sólo por el número sino principalmente por su docu-

mentada seriedad y profundidad. Actualmente es una de las figuras más representativas de la teología católica. Entre sus numerosas obras cabe señalar: *La Teología de Karl Barth*, la trilogía: *Estética, Dramática y Lógica*, la publicación de las obras de A. von Speyr. Alguien lo ha llamado "el hombre más docto de nuestro siglo".